

DOMINACION ÁRABE

LA civilización occidental hija es de la oriental. Roma y Marruecos madres espirituales de España.

Los árabes, pueblo guerrero, y fanático por su religión, se extendieron por Oriente, fundando el Califato, de este nombre, cuya capital era Damasco y en sus incursiones por Egipto, India, China y Grecia, se asimilaron, no solo muchas de las costumbres de aquellos pueblos, si que también, su civilización y su cultura y más tarde, el Califato de Oriente, queriendo extender su poderío, su influencia y saciar su sed de riquezas, con las que el suelo, aun virgen de Iberia, atesoraba, después de conquistar el Norte de Africa, invadió la Península Ibérica con un poderoso ejército, al mando primero de Tarif y después por Muza, y así, nuestro suelo, viene a ser el cauce por donde la civilización oriental, se derramó en la occidental, y Córdoba, Granada y Montpellier los faros luminosos cuyos esplendentes rayos de luz espiritual iluminan el Occidente con irrisaciones del más refinado gusto científico y artístico. Si Arnaldo Villanova (catalán) el médico más excelso entre los españoles y europeos del siglo XIII, brilló como astro de primera magnitud, debiólo al ser hijo espiritual de Avicena, Aben-Zohar y otros venidos de Oriente de donde trajeron la Medicina y aquí la enseñaron.

Raimundo Lulio descubre el «agua regia» y el «ácido nítrico», inspirándose en la Química reconstituída por los musulmanes, especialmente por el insigne Cheder y sus otros descubrimientos, de los surtidores árabes fueron extraídos.

Los árabes crean en Córdoba el primer jardín botánico y nos enseñan la Botánica que escudriñaron prolijamente, hoja por hoja, iluminándola con el fulgor de una flora arquitectónica que reverbera y resplandece en sus inimitables, fantásticas y ensueñadoras construcciones arquitectónicas.

En su trajinar incansante por los pueblos orientales, aprenden la Geografía que sus mercaderes viajeros nos traen y enseñan, y sus mil exploradores, como Aben-Ceitar, de Málaga; y el famoso Leon «el Africano» granadino, cuyas obras se tradujeron al latín.

De la India, los musulmanes, nos trajeron las matemáticas y Alcamarte, a sueldo de Alfonso el Sabio, las enseñó en Murcia.

Los árabes nos dieron a conocer la Astronomía, siendo sobre la Giralda de Sevilla donde se alzó el primer observatorio astronómico, y mudijares, hebreos, moros y cristianos celebraron el primer congreso de Astronomía en Toledo y subvencionados por Alfonso el Sabio, tradujeron los famosos «Libros del Saber» observaciones planetarias novísimas; trazaron el meridiano de Toledo, aceptado por Europa como universal y reformaron el Almagesto (libro de astronomía) de Jolomes en aquellas célebres «Tablas alfonsíes» que fueron maestras hasta el Renacimiento.

De los indios aprendieron los árabes el arte de gobernar y nos lo enseñaron, y de aquí nacieron las obras maestras de «Las siete partidas» del Infante Don Juan Manuel, de Lulio. Nos transmiten la Hacienda pública, nos enseñan sus tributos y modo de cobrarlos, como lo atestiguan los nombres almofaceno, alhóndiga, alcabala, gabela, diezmo y otros, de indiscutible origen musulmán; como así mismo se conservan vivísimos los de la magistratura y oficios públicos, tales como: alcaide, almirante, alguacil, etc., etc. y durante mucho tiempo, el ministro de Hacienda de Castilla, llevó el título de Almojarife mayor.

Tofail, Averroes, inspiran la filosofía y es Raimundo Lulio quien surge original del metafísico combate que tiene sus Atenas en Toledo y París, y lo mismo acontece con el obispo Don Rodrigo y Don Alfonso el Sabio en lo que

atañe a la Historia, guiados por los historiadores árabes, el Arraci, el moro Rassi y Aben-Jayyan, y aun hoy para escribir la Historia de España, se ha de contar con Aben-Jaldin Almaceari, Aledrisi y Aben-Batuta.

Si de las ciencias pasamos a las artes, ellos nos enseñaron la industria del papel de trapo que aprendieron en Samarcanda; la cría del gusano de seda, que trajeron de China; la fabricación de alfombras, tapices, brocados y damascos importada por ellos de Persia y Siria; el azúcar de caña que aun conserva Granada como símbolo de aquella época gloriosa; Córdoba dió nombre a los curtidos (ardobanes) y labores de cuero, y en su veга feroz, cual copos de blanquísima nieve, el algodón se entremezclaba con el verdor de las hojas del arbusto que lo producía.

Con el barro amasado con sus manos, produjeron esos mosaicos, cuya policromía causa admiración a propios y extraños, cuyos arabescos, cautivan el ánimo y decoran con estética prodigiosa sus mezquitas, sus baños y sus fuentes; maestros en las artes nos enseñaron a trabajar el cristal, la loza, el latón y los tintes.

Las aguas que, lamiendo las márgenes de los terrenos infecundos, discurrían libres por los alveolos de los ríos y marchaban mansamente hasta perderse y mezclarse con las de los mares, copiando lo que los árabes habían visto en el Atlas, el Nilo, el Eúfrates y el Tigris, por ellos fueron encauzadas, convirtiéndolas en pantanos, acequias, canales de Aragón, Valencia, Murcia, Granada, apagando la sed de aquellos campos yerrosos y transformándolos, por arte de encantamiento, en terrenos de ensueños, en edenes y pensiles donde las ninfas liban el nectar de la flor del naranjo y

del azufaifo y aspiran el perfume del jazmín y de la azucena y de donde hacen brotar con prolífica abundancia el arroz, alforjón, algarrobas, berengenas, altramuces, gengibre, azafrán, etc. y cuyos nombres nos recuerdan su procedencia; como otros muchos con la agricultura relacionados, tales son: alquería, almuzoras, alfollies, almárgas, ganán, azul, ocequia, arcaduz, noria, aceña, etc., etc.

En el comercio aun se conservan pesas y medidas que atestiguan su origen *arabesco*, tales son: cahiz, fanega, celemin, almud, arroba, adarme, cántara, azumbre y otros.

Cuando en el siglo XVII, el fanatismo cristiano, arroja de Valencia a los exquisitos moros, convirtió nuestra Arabia feliz en Arabia desierta, en paraísos enfermos y aun es necesario que en cada pueblo se guarde un 6 por 100 de moros para conservar cultivos y enseñar progresos al fanatismo cristiano. No bastó que nos ayudaran los moriscos en las conquistas de America, Flandes, Italia, Argel, sino que nos legaron su fortuna; el Alcázar de Sevilla, la Giralda, Gibraltar y la Alcazaba de Málaga; Aljafería de Córdoba y Zaragoza; muelles de Sevilla, Atarazanas de Almería; Santa María la Blanca y del Sol de Toledo, Mezquita de Córdoba, Alhambra y Generalife y cien y cien monumentos, puentes, alcázares, templos, hospicios, torres, una arquitectura llamada mudejar y un diccionario arquitectónico; andamio, muroma, adobe, adoquín, zaguan, azotea, alcoba, alfeizar, piso, azulejo, albañil, arsenal, choza, almacén, etc., etc.; y al marcharse nos dejaron sus aperos de labranza, sus bestias, sus norias, sus graneros; la veга zaragozana, el paraíso de Lanjaron, el pensil de Valencia, los cármenes de Granada; puertos y fortalezas y un sin fin de maravillas que el espacio de que disponemos no nos permite describir más prolijamente. Ellos hicieron de Córdoba una nueva Roma y de Granada una nueva Atenas.

GABRIEL SANTA MARIA.

Rentería, 26 de junio de 1926.

